

os hace la guerra. Pero os pido la gracia que necesito para romper con este enemigo, huyendo de sus reuniones profanas, detestando su lujo y sus sensualidades, aborreciendo sus doctrinas y huyendo de él, pues con vuestros auxilios no temeré ni sus desprecios, ni sus desdenes, ni cuanto mal quiera suscitar contra mí, con tal que sea por la confesion de vuestro nombre y la profesion de vuestra sagrada doctrina.

MEDITACION IX.

Jesus ora en el huerto de Getsemaní.

1.º Tenía Jesucristo por costumbre retirarse por la noche al monte Olivete, donde se entregaba á la oracion, despues de haber empleado el dia en enseñar al pueblo en el templo. (Lucæ, xxi, 37.) Este paraje era muy conocido al traidor Judas, como que habria pasado muchas noches en él cerca de su Maestro; y para darnos una prueba de que se entregaba á la muerte por su propia voluntad, se dirige al mismo sitio donde lo encontrará infaliblemente el discípulo aleve, que muy en breve vendrá acompañado de satélites y soldados. Porque si Jesucristo hubiese querido evadirse de la trama urdida contra su sagrada persona, no tenía más que irse á pasar la noche á otra parte, y así, áun humanamente hablando, quedaban burladas las esperanzas de sus enemigos. Pero, además del cumplimiento de la profecía de Isaías (LIII, 7), pretendia Jesucristo demostrar á sus discípulos que no por fuerza, sino por su propio querer, iba á dar principio á su pasion en el huerto. (Crisost.: *Hom. LXXXII in Joan.*)

Pero ¿qué va á hacer Jesucristo en el huerto? Sabe que sus discípulos están ansiosos de oir sus últimos consejos, y que, afligidos sus corazones, necesitan de sus

fervientes palabras: sin embargo, apenas ha llegado con ellos al huerto, les dice que se sienten y lo esperen mientras va más al interior de la granja á orar (Math., xxvi, 38); y tomando á tres de ellos, se adelanta hácia la espesura de los olivares á hacer oracion. Parece á primera vista que siendo aquella la última noche que pasaba Jesus con sus discípulos, no debiera separarse de ellos ni un momento, ni abandonarlos en su afliccion. Pero no es así, porque Jesucristo, sin abandonar á los discípulos, que visita varias veces, interrumpiendo con este fin su oracion, no quiere dejar de hacer lo que tiene de costumbre, y acercándose el momento de la tribulacion, va á prepararse á recibirla, conferenciando en la soledad con su eterno Padre y pidiéndole lo que le sea necesario; y con esto instruye á sus discípulos prácticamente, dándoles una leccion elocuente de lo que ellos han de ejecutar en lo sucesivo. Si han de conservar su espíritu, es preciso que, despues de enseñar á la muchedumbre, se retiren del trato de los hombres, y se internen en la soledad á hablar con Dios y templar de nuevo su corazon en la oracion, sin cuya circunstancia se disiparán y debilitarán las fuerzas del alma, y dejarán de ser la sal de la tierra; y les es tan necesaria esta abstraccion diaria del bullicio del mundo, que por grandes que sean las ocupaciones, por premurosos que parezcan los negocios, nada deben hacer sin prepararse con la oracion.

Jesus va á orar en el huerto: su espíritu se empieza á turbar tan pronto como entra en este sitio, porque en él da principio su Pasion, y quiere buscar en la soledad y en la oracion lo que no le podian dar los hombres desde el punto en que por un misterio incomprensible quiso que su humanidad santísima se viese como abandonada á sí misma y sintiese todo el peso de la debilidad propia del hombre. Esta turbacion de Jesus y su inmediata aplicacion á la oracion para buscar la calma y tranquili-

dad vista por los Apóstoles en los momentos que precedían á su dispersion, habia de quedar profundamente grabada en sus espíritus, aprendiendo en aquella escuela sublime que el reposo y la serenidad del alma, una vez perdidos, se han de buscar en la oracion. (Crisost.: *Hom. LXXXII in Math.*)

¡Qué sábia y racional es esta leccion que nos da Jesucristo! Así como no podemos pasar un solo dia sin dar al cuerpo el alimento, tampoco podemos sostener la salud de nuestra alma si no la proporcionamos la refaccion en la oracion. (Agustin: *De Salut. Monit.*, cap. XXVIII.) Del mismo modo, cuando nos vemos acometidos por una adversidad superior á nuestras fuerzas, llamamos en nuestro auxilio á los amigos que nos ayuden y favorezcan. ¡Con cuánta más prontitud y necesidad no hemos de acudir á nuestro amigo verdadero, que es Dios, en las angustias que suscitan cada dia á nuestra alma el demonio, el mundo y la carne, para que nos libre de sus ataques y nos dé la gracia para vencerlos! Jesucristo nos da ejemplos todos los dias, pues apenas ha concluido las obras de la vida activa predicando é instruyendo, se retira á la contemplacion; y cuando amenaza la borrasca de la gran tribulacion, se aparta de sus discípulos y va á buscar en el retiro lo que sólo puede dar Dios, no la criatura. ¡Miserables de nosotros! Para todo tenemos tiempo ménos para orar: empleamos cada dia muchas horas en negocios mundanos, y concluidos éstos, buscamos medios de pasar el tiempo en visitas inútiles, en paseos y recreaciones, en conversaciones ociosas, y quizás en diversiones profanas, y no nos acordamos de dedicar siquiera media hora á contemplar las grandezas del amor de Dios hácia nosotros, la acerbidad de la Pasion de Jesucristo, la muerte, el juicio, el infierno, la salud y los intereses de nuestra alma. Así caemos en toda tentacion y somos esclavos de nuestras pasiones, porque, ó por pereza ó por vanidad,

no hacemos oracion con instancia cotidiana, como nos enseñó Jesucristo.

Además nos enseña Jesucristo el modo de consolarnos en las calamidades públicas y en los trabajos que nos sucedan, lo que hemos de hacer, no pasando el tiempo con nuestros amigos, preguntando novedades y satisfaciendo la vana curiosidad y disipándonos más y más con las mentiras inventadas por hombres desquehacerados, sino acercándonos á Dios para decirle llenos de resignacion lo que dijo á su Padre nuestro adorado Jesus cuando toda una ciudad se preparaba á consumir su extincion: *Padre mio, hágase tu voluntad.* ¿No es digno de lamentarse el ver que hoy dia puede decirse de los cristianos que, como en otro tiempo los hombres vanos é idólatras (*Actor.*, xvii, vers. 21), no se ocupan sino en decir ó en oír algo de nuevo? ¡Ay! *La tierra toda*, dice un Profeta, *está desolada, porque no hay ninguno que considere en su corazon.* (*Jeremías*, xii, 11.) ¡Oh Señor! Vos que me inspirais la necesidad que tengo de orar, dadme el espíritu necesario de la oracion, pues sin él ni puedo empezar ni aprovechar. Yo prometo por mi parte no dejar la oracion ni un solo dia, y además tener siempre mi pensamiento en Vos; y ya que Vos me mandais que ore, espero la gracia necesaria para cumplir este precepto.

2.º Separado Jesucristo de los ocho discípulos, é internándose en la soledad con Pedro, Juan y Santiago, empezó á comprimirse su amabilísimo corazon, agolpándose á su alma santísima una muchedumbre de pensamientos que lo afligen y lo llenan de tristeza; y es ésta tan desoladora, tienen tal influencia en aquellos momentos las ideas sobre Él, que la palidez se pinta en su venerable rostro, declarando á los discípulos privilegiados que su alma estaba triste hasta la muerte. (*Mat.*, xxvi, vers. 38.) Así el Maestro celestial, que habia manifestado con infinitos milagros su naturaleza divina, y habia

descubierto á estos tres discípulos en el monte Tábor una parte de la gloria que tiene como Hijo de Dios, iba á darles una prueba convincente de que tambien era hombre verdadero, adornado de las pasiones propias de nuestra naturaleza, no viciadas por el pecado y sujeto á la tristeza, amargura y angustia que causan en nuestra alma el temor de los males extremos y el horror natural de la muerte, y al dolor y sufrimientos que producen en el cuerpo los tormentos. Desde el momento en que Jesus entra en el huerto, la tristeza que se apodera de su alma lo conduce poco á poco á la última extremidad, y para salir de ella va á hacer oracion, no como Dios, pues es igual á su Padre y puede cuanto quiere, sino como hombre que necesita del auxilio de Dios para ser sostenido en la debilidad de su naturaleza humana.

Al verse acometido Jesucristo de un tropel de ideas, que le representan la gran tribulacion que va á caer sobre Él, y la iniquidad é injusticia con que van á proceder los hombres, no se inquieta, ni impacienta, ni prorumpe, como lo hacemos nosotros, en quejas amargas, ni se lamenta de que siendo inocente por esencia, vengan sobre Él todos los castigos que merecen los pecadores. Al contrario, se humilla y calla, y retirándose á una gruta solitaria, sólo habla con su Padre celestial. ¡Ay! Mira con qué temor va caminando hasta lo más solitario de la triste morada. Todo cuanto se le presenta le causa pavor y aumenta su espanto; el mismo movimiento de los árboles agitados por el viento, el vuelo pacífico de las aves nocturnas, el suave murmurio de las aguas del Cedron, que al hombre sereno causarían una sensacion agradable, turban el ánimo de Jesus, pues le representan voces de enemigos, tumulto de pueblo, gritos de execracion y anatema. Como si Jesus no fuera el Dios, el Fuerte, el Todopoderoso, no se ve en Él por aquellos momentos sino el hombre débil y miserable, que nada puede sin el auxilio

del cielo. Y como si fuera un sér despreciable, un hombre plebeyo ó un pobre esclavo que se arroja á besar la tierra que pisa su señor, á quien ha desobedecido, así Jesus se arrodilla, se postra y humilla su frente hasta el polvo, regándolo con dos torrentes de lágrimas que brotan de aquellos ojos más hermosos que los astros del firmamento. Al mismo tiempo, exhalando de lo íntimo de su pecho una palabra de amor, de ternura, de confianza y de consuelo, habla á su Padre, y le dice: «Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.» (Math., xxvi, 39.)

¿Qué lengua podrá expresar dignamente toda la ternura con que Jesus se dirige á su Padre? Otras muchas veces ha hablado con Él en presencia del pueblo y de sus discípulos, y lo ha llamado simplemente Padre; ahora que se halla envuelto entre las mayores angustias y clama al cielo pidiendo su auxilio, no se contenta con llamarlo absolutamente Padre, sino que añade una palabra más como para excitarlo y moverlo más eficazmente, diciéndole *Padre mio*. Nos habia enseñado á llamar á Dios nuestro Padre (Math., cap. vi, vers. 9) cuando nos dirigimos á Él en la oracion; y ahora que la tribulacion ha empezado á turbar el espíritu de Jesus representando la naturaleza individual de cada uno de los hombres en sí mismo, exhala voces de dolor y derrama abundantes lágrimas, pidiendo al Padre que lo libre de la muerte (Hebræor., cap. v, vers. 7), y le dice lleno de amor: *Padre mio*. Esto nos hace comprender que el dolor interior de Jesucristo es en aquellos momentos de una intensidad sin límites, pues para suplicar á su Padre y hacerle como una santa violencia, le hace presentes todas las prerogativas que le son innatas por la generacion eterna. Porque, en verdad, todos los hombres podemos llamar á Dios nuestro Padre, ya porque procedemos de Él, ya porque nos ha adoptado en su Hijo: mas no somos de su sustancia, habiéndonos criado de la nada, ni la adopcion nos eleva á

ser hijos suyos más que en el orden de la gracia; y esto no por nuestros méritos, ni porque Dios tenga obligacion alguna, sino por pura misericordia.

Jesucristo, al contrario, es el Hijo engendrado entre los resplandores de la Santidad, Dios de Dios, Luz de Luz, consustancial é igual al Padre; nosotros lo llamamos Padre nuestro, porque nos ha adoptado por sus hijos, y nos engendra á su gracia, perdonándonos nuestros pecados; mas Jesus lo llama *Padre mio*, porque, unida la naturaleza humana á la divina bajo una sola persona increada y eterna, es el Hijo unigénito propio y natural del Padre. ¡Ay! Jesus, que es el Hijo de Dios, al verse afligido como hombre, no busca el consuelo sino en la oracion. ¿Por qué no hemos de imitar nosotros á nuestro Redentor, que nos ha sido dado por Dios como Maestro y modelo que hemos de seguir? Tenemos cada dia mayores pruebas de nuestra debilidad, pues caemos miserablemente en el pecado: las pasiones pretenden arrastrarnos con violencia, turbando é inquietando nuestro corazon; y sin embargo, ¿confiamos en nuestras fuerzas, y no acudimos á la oracion, como Jesucristo nos lo enseña con su ejemplo? ¡Oh, Jesus mio! Se me parte el corazon de dolor al ver que en todo pienso ménos en imitaros: debia yo gemir, suspirar, llorar y postrarme noche y dia aplacando tu justicia é implorando tu misericordia, y, en vez de hacerlo, me encuentro frio, sin fervor, sin amor tuyo. ¡Ay de mí! Soy polvo y ceniza; ¿y no me humillo viendo á mi Jesus, que es el Hijo de Dios, postrado en el duro suelo? Concededme ¡oh amable Jesus! un poco de aquel fervor, de aquella ternura y humildad que tuviste en el huerto, para que, humillándome yo hasta el polvo, suban mis oraciones hasta el cielo.

3.º Postrado Jesus ante el acatamiento divino, manifiesta con su corazon tierno y sincero todos los sentimientos que abriga en su seno. *Padre*, dice, *todas las*

cosas te son posibles: traspasa de mi este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. (Marc., cap. xiv, vers. 36.) Así como el que adora á Dios y se llega á Él es necesario ante todo que crea que existe y es remunerador (Hebræor., cap. xi, vers. 6), así el que ha de hacer oracion debidamente es preciso que confiese que Dios todo lo puede, y al mismo tiempo sujete su propia voluntad á la divina; porque es muy fácil buscar en nuestras peticiones lo que es más una satisfaccion de nuestros deseos que una voluntad de agradar á Dios; así Jesucristo, á pesar de conocer tan íntimamente que todos sus deseos y aspiraciones no tienen otra mira que la gloria de su Padre, al suplicarle una gracia, se sujeta enteramente á su decision soberana. Hacía Jesucristo en el huerto lo que quiere que haga cada uno de nosotros; hemos sido engendrados en las entrañas de la misericordia divina, y no hemos de invocar á Dios sino con el amor y cariño de hijos, no ya con el temor de la antigua servidumbre, pues somos hijos de adopcion. Hemos de confiar en este Padre celestial, pues habiéndonos concedido lo más grande, que es ser hijos suyos, nos ha de dar todo lo demás que le pedimos. (Agustin, lib. II *De Serm. Dom. in mont.*, cap. iv.)

Reflexionemos, pues, sobre estas palabras con que Jesus ora á su Padre; al sentirse oprimido por el enorme peso de la inminente Pasion, le expone con humildad la gran necesidad en que se encuentra para que lo libre de ella; mas apenas ha manifestado que el sentido rehuye el padecer, y que esta parte inferior quisiera verse libre de los tormentos, la parte superior del alma comprime los primeros deseos, sometiéndose en un todo á la disposicion divina. Jesus se acomoda en el modo de expresarse á lo que pasa en nuestros corazones cuando una gran adversidad nos amenaza; sentimos entónces una opresion que apenas nos deja respirar, y si podemos, nos esforzamos para huir de los rigores de la desgracia que

nos asalta; y si llega á caer sobre nosotros, nos abate la naturaleza doliente, y el sentido herido exprime su dolor; pero la razon, ilustrada por la fé, entra á moderar en seguida los arranques de la naturaleza, contemplando que la materia se ha de someter al espíritu, la criatura al Criador, la parte inferior á la superior, y movido y excitado el hombre por la gracia, se humilla bajo la mano del que mortifica y vivifica, conduce al sepulcro y nos resucita á la gloria. ¡Oh bondad, oh amor de Jesus, que se sujeta y humilla á obrar segun los sentimientos de nuestros corazones, para elevarlos de este modo, sacándolos de la atmósfera de los sentidos y conduciéndolos hasta la perfeccion que une nuestros deseos á los de Dios!

No nos prohíbe Dios que le expongamos nuestros deseos ni que nos quejemos á Él amorosamente cuando la parte sensible nos representa los males que nos aquejan como enormes é insoportables. Padre amoroso cual es, debemos acercarnos á Él con toda confianza, pues el mismo Jesucristo nos dice que oremos, que pidamos, que llamemos y que hagamos todo esto hasta con inoportunidad (Luc., cap. xi, versículos 8, 9 y 10); mas al pedir á Dios lo que favorece al sentido es preciso añadir siempre una palabra de conformidad con la voluntad divina; así, posponiendo nuestra voluntad á la de Dios, de las cosas humanas nos elevamos á las divinas. (D. Agust., *Tract. LII in Joann.*) ¡Cuántos se pierden para siempre por pedir segun los deseos de su corazon, más que segun los designios celestiales! ¡Ay! Muchos piden al cielo riquezas, honores y grandezas humanas, y Dios se las da quizás en su ira, y abusando de ellas, pierden las riquezas del cielo, sacrificándolas á un poco de vanidad que pasa como el humo. Muchos oran y piden sin recibir nada, y es porque no son conformes sus deseos á la voluntad divina.

Manifiesta tambien Jesus en estas palabras la obe-

diencia á los mandatos de su Padre para confundir á Lucifer, que por la desobediencia se precipitó en un abismo eterno de males, arrastrando tambien por ella á nuestros primeros padres á la perdicion eterna, y para enseñarnos á nosotros á ser verdaderos hijos de Dios. El Hombre-Dios no tenía ninguna obligacion de morir por nosotros; por su propia eleccion quiso ejecutar lo que veía que era del agrado de su Padre y para bien de los hombres; y es tan grande el deseo que tiene de complacer á aquél, que llama precepto lo que sabe que es voluntad suya. (*D. Cyrill. in Joan.*, lib. x.) Siendo propio del buen hijo prevenir los deseos de su padre, Jesucristo se muestra en el huerto obsequiosísimo hácia su Padre, pues nada quiere hacer que no sea de su agrado, y se ofrece á padecer cuanto pueda sufrir, llevando los tormentos hasta el último extremo, porque sabe que cuanto más extensa sea la Pasion, tanto más satisfaccion ofrece por los hombres y tanto mayor honor recibirá su Eterno Padre. ¡Oh obediencia sublime! ¡Oh espectáculo que nos llena de confusion! Jesus ve uno por uno cuantos ultrajes y dolores ha de sufrir, y cuantos son éstos, tantos son los impulsos de resistencia por parte del alma sensible; mas esta misma alma racional con gran fervor acepta uno por uno estos desprecios y tormentos como una obligacion que Él mismo se ha impuesto, y que su Padre ha aceptado; y por eso, cuantas veces representa su repugnancia natural á padecer y morir, otras tantas añade que no quiere que se haga su voluntad, sino la del Padre.

Si hemos de pretender imitar á Jesucristo, es preciso que nos arrojemos con toda confianza en los brazos del Señor, y tengamos una fé verdadera, creyendo y esperando que nos puede dar y nos ha de conceder lo que le pedimos para nuestra satisfaccion. Al mismo tiempo, renunciando á nuestros deseos mundanos, hemos de refundir todas nuestras aspiraciones en una sola, que es hacer

en todo la voluntad de Dios, sometiéndonos á lo que quiera y disponga de nosotros. Decimos fácilmente: *hágase la voluntad de Dios*; mas apenas nos sobreviene una contradicción, ó nos sorprende una enfermedad, ó los hombres nos suscitan persecuciones, demostramos que estamos muy apegados á nuestra voluntad, pues no llevamos con resignación los trabajos que Dios nos envía. Y, sin embargo, llamamos á Dios Padre nuestro, y nos gloriamos en ser sus hijos; pero en vano pretendemos ser hijos de Dios si no imitamos á Jesucristo en la obediencia y conformidad con la voluntad divina cuando suceden las cosas contra nuestros deseos.

Bien veo ¡oh Dios mio! que hasta hoy he hecho más mi voluntad que la vuestra, aún en aquellas cosas que pertenecían á prácticas de piedad, pues seguía en ellas mi gusto, mi genio é inclinación; quizás también se ha insinuado en mí el deseo de parecer bueno á los demás, ocultándose el orgullo entre las buenas obras que hacía. ¡Señor! Me humillo hasta el polvo, pidiéndoos perdón y gracia para hacer en todo vuestra santísima voluntad; y puesto que os dignais que yo os llame Padre, inspiradme aquel santo temor que, unido al amor filial, es el distintivo de los justos. Vos sois infinitamente acreedor á ser llamado mi Padre, y aunque yo no merezco ser vuestro hijo, espero que os dignareis recibirme entre vuestros siervos, y que me dareis las gracias necesarias para observar vuestros mandamientos, buscando en todas mis obras vuestra gloria y mi salvación eterna.

EJERCICIO DEVOTO

PARA

CONSIDERAR LO QUE PADECIÓ NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN LA CÁRCEL

LA NOCHE DE SU PASIÓN SANTÍSIMA.

Venit ad me Hanameel ad vestibulum carceris.

Vino á visitarme Hanameel en el vestibulo de la cárcel.

(JEREMÍAS, cap. xxxii, vers. 8.)

I.

Cuando la idolatría, apoderándose de los espíritus del pueblo hebreo, habia sentado su imperio en el templo de Dios y en el trono de Judá, se levantó un hombre, oriundo de la tribu sacerdotal, quien, con la intrepidez que caracterizaba á los Profetas del Señor, empezó á alzar su voz contra la irreligiosidad de los grandes y la inmoralidad y apostasía del pueblo: este hombre era Jeremías.

Jeremías, amados míos, no es el Profeta de solas las lágrimas y lamentaciones; es el gran vate que Dios envió en la época de los reinados más impíos que hubo en la Judea, como fueron los de Joaquin y Sedecías. Cuál fuese su principal misión, no lo hemos de ver en las aspiraciones lacrimosas que exhala sobre la arruinada Sion, sino en el principio de su profecía á Jerusalem y Judá. Dios se lo manifiesta, y le dice estas palabras: «Antes que fueses formado en el vientre materno, yo te conocí, y antes que vieses la luz, te santifiqué y te destiné á ser el Profeta de las naciones; no temas: te he dado imperio